



Alexis de Vilar

*Goodbye,
Barcelona*

WOLFF PUBLISHERS

mestizajes

Alexis de Vilar

*Goodbye,
Barcelona*

41°23´N, 2°11´E

mestizajes

Otras obras del mismo autor:

SOON IT WILL BE NIGHT (Pronto será de noche).
San Francisco, 1975 (prólogo de Lawrence Ferlinghetti) / City Lights Books.
LUZ Y MISERIA. Edhasa, 1977.
LOS DIOSES HUMANOS. Bruguera, 1980. Columbus, 1988.
AFRICAN BLUES. Plaza & Janés, 1985. Alizés, 1989 París. Columbus, 1987.
LA PALOMA Y EL HALCON. Columbus, 1987. Mestizajes, 2003.
LA SELVA MECÁNICA. Ediciones B, 1994.

Libros fotográficos:

MAURICIO Y RODRIGUES. Editorial Juventud, 1996.
GUÍA FOTOGRÁFICA DE KENIA Y TANZANIA. GeoPlaneta, 1998.
SWAHILI SONG. Heritage Wildlife Society, 2002.

Todos esos libros se encuentran agotados por las respectivas editoriales y no han sido reeditados. Sin embargo pueden encontrarse ejemplares sueltos de algunos de ellos a través de www.iberlibro.com y www.delibros.com

Próximamente Mestizajes editará de forma gradual las obras completas de Alexis de Vilar.
Para más información www.alexisdevilar.net

© Alexis de Vilar, diciembre de 1987, Registro de la Propiedad Intelectual,
Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya
© Mestizajes, octubre de 2008

Mestizajes

Apartado de Correos 35133 Barcelona 08080.
e-mail: theheritagesociety@yahoo.com
www.alexisdevilar.net

ISBN: 978-84-612-7148-1
Depósito legal: B-46068-2008

Fotografía de portada: Hotel Playasol, Cadaqués
Alexis de Vilar
www.alexisdevilar.net

Diseño: dlm+tagstudy
dlm@tagstudy.es

Impresión: Ag Gráficas
Avinguda del Vent, 1 Local 1 Badalona 08917
www.aggraficas.es

A todas las mujeres que buyen del Amor.

“La única diferencia que existe entre una pasión eterna y un capricho, es que el capricho dura un poco más...”

Oscar Wilde

“Barcelona, els teus fills no t’acaben d’entendre, brúixa frenètica, matalàs d’esperes.”

Pere Quart, “Oda a Barcelona”

“Y líbrame de la pobre miseria del catalán...”

Dante Alighieri

“Aquello que se hace por amor no es moral, pero sí religioso...”

Friedrich Nietzsche

“Sin soledad no se puede hacer nada. Nadie sospecha que me he construido una soledad a mi medida.”

Pablo Picasso

“Barcelona es la ciudad de las fachadas, todo es ‘fachandoso’ (permítaseme el vocablo); más valdría tener buenas cloacas para evitar el tifus.”

“Las fachadas se ven, y las cloacas no.”

Miguel de Unamuno

“Multiplicad Barcelona por diez, y tendréis Nueva York.”

“Estamos obligados a competir con los artistas vivos y con los muertos. Sobre todo con los muertos...”

José Luis Fuentetaja

*“Ob, que cansat estic de la meua frígida, casta, tan insípida dona,
/ i com m’agradaria d’allunyar-me’n,
/ i follar / on diuen que hi ha dones obertes / i guapes, promíscues, fàcils, lliures,
/ desinhibides i ardents!*

Parodia de “Assaig de càntic en el temple”
de Salvador Espriu del libro *(Per)versions*

*“Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
Como recién salidos de un naufragio de sangre.”*

Federico García Lorca en 1929
Un poeta en Nueva York

“¿Por qué comprarse un coche cuando se puede ir en taxi?”

Josep Pla a propósito de las mujeres

“Sexo y belleza son inseparables, como la vida y el conocimiento.”

D.H. Lawrence

Introducción

Para no fastidiar al lector dándole claves antes de hora y hacerle perder su interés por la acción narrativa, pongo al final de esta novela, en el Postscriptum, mis comentarios sobre esa otra obra burda y superficial llamada *Vicky Cristina Barcelona* con la que Woody Allen ha “obsequiado” al público mundial.

Debo avisar al lector, al igual que una noticia en un paquete de cigarrillos, de que este es un libro altamente cínico y discordante. No siempre se puede escribir poesía o cuentos de hadas. *Goodbye, Barcelona* está basada en una experiencia traumática, una gran pasión que no pudo ser. Escribir este libro actuó en mi caso como un revulsivo, una catársis necesaria para quitarme el trauma que llevaba encima. Iba a decir sin tener que acudir al psiquiatra como hacen los personajes de Allen. Eso no es totalmente cierto porque acudí a la consulta del famoso Fassman, que muchos consideran un charlatán, cuando aún se encontraba en vida y me diagnosticó el mal con un rotundo: “si no te la sacas de tu sistema (a la chica) acabará contigo...”. De paso Fassman acertó de pleno diciendome sólo verme, el nombre de la chica que me causaba el trauma sin que por mi parte le contara nada.

Fassman me hipnotizó la primera vez cuando yo tenía apenas 7 años haciendome subir al escenario del Teatro Calderón donde según me contaron me hizo levitar. Había que tomarle pues en serio. Por ello seguí su consejo y me fui de Barcelona.

Pero la culpa no es solamente de la chica, ella es el resultado de la clase social a la que pertenece. En *Goodbye, Barcelona* me permito criticar esa clase social y de paso mi ciudad de forma despiadada precisamente porque he nacido en ella y la conozco demasiado bien. No me gustaría que nadie que no hubiera nacido aquí hubiese escrito una novela como esta. Se trata pues de “autocrítica constructiva”. Hay que amar mucho una ciudad para criticarla con tanta rabia. En realidad no critico a Barcelona sino a lo que han hecho con ella unos cuantos papanatas. Por suerte no soy la única voz discordante. El magnífico libro recientemente publicado *Odio Barcelona* (Melusina, 2008) incide en esa visión dislocada y subversiva. Barcelona fue hasta hace muy poco una ciudad ciertamente cerrada y muy racista. Y en muchos casos sigue siendo ambas cosas. Pero también sentamos un precedente de apertura al mundo manifestándonos masivamente contra la guerra de Irak. Las cosas por suerte han cambiado y mucho pero hay que ponerse en 1986, año en que escribí *Goodbye, Barcelona*, justo después de romper con mi novia perteneciente a la alta burguesía. Seguramente hoy en día escribiría este libro de una forma muy distinta. Pero debo ser fiel al texto original porque representa el estado de ánimo que me embargaba por aquella época. El odio que sentía hacia Barcelona que transluce a las páginas de esta novela, se debe en gran parte también al trato despreciativo que conseguí del mundo editorial. Por un lado

nunca cobré royalties por mis obras. Sólo el avance que le dan a uno cuando quieren que estampes tu firma en un papel para que les entregues lo que tienes en la cabeza. Pero aparte de no cobrar, lo que me hizo mas daño fue el trato despreciativo, la arrogancia inmensa de que hacen gala los grandes grupos editoriales. Todas su promesas son papel mojado como sabemos los escritores.

Con esos precedentes y los 20 años de adelanto a la autocrítica, que por suerte empieza a asomar –el libro *Odio Barcelona* es un buen ejemplo– después de tanta verborrea triunfalista, las Olimpiadas y luego el Forum de las Culturas (el enunciado contradice la política de *apartheid* bochornosa actualmente activada), no es sorprendente que ningun editor quisiera mojarse con mi libro. Mi estado de ánimo era tal, poco después de escribir *Goodbye, Barcelona* y quedar entre las finalistas en dos premios, el Planeta 1988 y el Plaza & Janes 1989, pero sin conseguir que me editaran, que me forcé a un autoexilio. Pasé primero varios meses en California –donde había vivido en los años 70– con la intención de quedarme y convertirme en guionista adaptando mis propias obras al cine. Sin embargo estaba escrito que no sería así: el 16 de mayo de 1989 sufrí un gravísimo intento de asesinato con arma blanca por encima de mi oído derecho (*Los Angeles Times*, May 30, 1999) cuando me dirigía a mi oficina en South Robertson Boulevard. El ataque, aparentemente a manos de un *homeless* desequilibrado me dejó tocado ya que perdí la audición en el oído afectado de forma irreversible. Por cierto el cónsul español Pedro Temburi, Conde de Tabajos, no movió un dedo por mí, ni nadie en el consulado vino a verme al hospital ni se interesó mínimamente por mi caso. La prensa americana sí lo hizo. Según me dijeron en

un par de ocasiones en que llamé al consulado, Pedro Tabajos Temburi estaba organizando su fiesta de despedida. Esa fiesta se alargó varias semanas. Por no mover, tampoco movió un dedo un familiar cercano que tenía en Dallas que obviamente desde entonces ha muerto para mí. Cuando me recuperé después de semanas de tratamiento y dos operaciones muy complejas, huí de California como de la peste instalándome en París. Esa feliz estancia parisina en la que me dediqué al periodismo político, se prolongó 5 años –de esa etapa es mi entrevista con Nelson Mandela en Sudáfrica, enviado especial de Louis Pawels director de *Le Figaro Magazine*–, luego pasé grandes temporadas en las islas Seychelles, Madagascar, Ciudad del Cabo, Kenya, Zanzibar en Tanzania, hasta poner residencia en isla Mauricio donde fundé *L’Habitation Créole*, una galería de arte especializada en los artistas africanos y del Océano Índico. Volví a Europa en 2001 dispuesto a entablar una nueva relación diríamos más “amigable” con Barcelona. Y en eso estamos...

Todos y cada uno de nosotros somos el resultado de las circunstancias. Con el tiempo he llegado al convencimiento de que fue toda una bendición que me atacaran en Beverly Hills. De no haber tenido lugar ese drama atroz, probablemente seguiría aún allí, atrapado por el “sueño americano” y en contacto con el mundillo del cine. Un mundo que, con contadas excepciones, está compuesto de gente perversa, arrogante, voraz, envidiosa y de escasa categoría humana. Por suerte no me dedico al cine. De mis largas estancias insulares nace el proyecto de una revista dedicada a las islas y océanos. Por lo que ahora me dedico a algo mucho mejor que a hacer cine: he convertido mi vida en una película.

I

Nueva York-*Escorpión*, Barcelona-*Escorpión*. Dos ciudades magnéticas, húmedas y canallescás. Dos ciudades pertenecientes al signo más sádico y vanidoso. Atrayentes. Misteriosas. Desbordantes de energía negativa... Dos *ciudades-veneno*, dos *ciudades-noche*. Pero me estoy adelantando... Todo eso es algo que aún no sabía cuando dejé la primera en busca de la segunda. Fue, recuerdo, un verano muy cálido. Tan cálido que la acumulación de las pensiones alimenticias debidas a mi ex-mujer, me parecieron, más que nunca, impagables. No era cuestión de mala voluntad. Simplemente no tenía un centavo. Yo soy pintor, pero desgraciadamente no de los que pintan pisos. Lo que se traduce en que la mayoría del tiempo estoy sin blanca. Mi primera mujer ya sabía todo eso cuando me encontró en el *Village*, aunque ahora pretende que le pague mensualmente por mis hijas lo mismo que si hubiera trabajado siempre en el Banco de América. O fuera yo un artista muerto y famoso.

Aunque vivo en Manhattan, no es que mi barrio sea precisamente una “elegancia”. Yo soy un chico de Brooklyn que ha progresado. Y en Nueva York eso se traduce en un traslado a la “isla”. La cuestión es

la misma que en Francia: o se vive en París, aunque sea en un lugar infecto a precio de oro, o no se existe como artista. Vivir en Manhattan es estar en el centro del meollo, es decir del negocio del arte, porque al fin y al cabo de eso es de lo que se trata: vender a fin de recuperar la propia identidad siempre sumergida en la duda. Sentirse vivo en el reflejo de la admiración del gran público. Y, de paso, cobrar por ello. Lo que traducido de nuevo en el lenguaje de ustedes, significa disponer de un piso con sábanas limpias, agua caliente, dinero para telas y acrílicos, y de vez en cuando, en darle una cantidad lo suficientemente substanciosa a mi ex-mujer para que se calle.

Recuerdo también que aquel verano el calor fue realmente insoportable. Yo pinto con las manos porque así toco la materia y la siento como algo natural. Los indios que había en mi barrio antes de que contruyeran todos esos edificios con las escaleras de incendios pegadas en el rostro, iban descalzos para que nada se interpusiera entre la Tierra y sus pies. A su manera eran unos artistas. Pero me estoy desviando otra vez... Lo que quería decirles era que el calor de aquel verano fue tan intenso que los colores acrílicos que utilizo habitualmente se diluían en mis manos y resbalaban por mis brazos hasta llegar a los codos. Y desde allí, lentamente, goteaban al suelo. Un efecto interesante pero que no concordaba con lo que estaba por entonces buscando.

Decidí súbitamente largarme de Nueva York con viento fresco. No sólo a causa del calor o de las pinturas jadeantes, sino por una especie de sofoco interior que empecé a sentir a principios del mes de

junio. Yo soy un tipo raro, lo reconozco. Tengo algunos buenos amigos esparcidos aquí y allá, y una colección de amantes nada despreciable que, por si no fuera poco, me dejan en paz en cuanto me decido a pintar. Eso y un buen montón de deudas, me aseguran un puesto en el mundo artístico de Manhattan. Todo muy bonito a primera vista. Igual que mis dos hijas con pecas irlandesas y las felitaciones de Navidad. Pero no suficiente para mí. Yo estoy siempre al acecho de la verdad, es decir de la belleza total o como se llame. Probablemente sea una idiotez, pero no hay nada que hacer. Siempre quiero tener más. Mirar en el interior de una mujer o de un cuadro y sentir que recibo una mirada de vuelta. De que no tengo frente a mí a un fantasma o a una fea reproducción. Puede que ese momento de verdad dure sólo un instante, pero por ese instante soy capaz de luchar durante años y de perder hasta la camisa. No creo que les extrañe mucho si les digo que en mi barrio me tienen catalogado de “loco progresivo”. Saben también que no tengo dinero, aunque les da igual. Me encuentran simpático. “*You are such a nice guy...*”, suelen decirme. De vez en cuando algunas almas piadosas me ayudan a llegar a fin de mes, comprándome un cuadro por aquí y otro por allá. Y en casos extremos siempre hay algún tendero dispuesto a ofrecerme crédito alimenticio a cambio de una de mis incomparables obras de arte pintadas con los dedos. La mayoría de la gente no entiende lo que pinto ni lo que quiero hacer con mi vida, pero me ayudan a pesar de ello. Son generosos. Sí, buena gente de barrio. Judíos, polacos, algún que otro rumano o checo, y bastantes griegos. Esparcidos entre la calle 58 y la 83, en el East Side entre la *Primera* y Central Park. Aunque no es, desde luego, el mejor sitio, en los últimos años los precios han subido como si lo fuera. Y

todo por culpa de unos cuantos desquiciados de esos que van con el teléfono a cuestras, estén donde estén. Han invadido el barrio porque, simplemente, desde allí, “se puede ir andando hasta Central Park”. Y ustedes ya saben lo que es Central Park: el jardín de las delicias de ese monstruo llamado Manhattan. Por culpa de esos tíos ahora ya no hay quien encuentre una habitación o un estudio por menos de 1.500 dólares mensuales. Y si uno quiere algo que realmente tenga *timing*, es decir la cosa justa en el lugar y el momento adecuado, tiene que poner encima de la mesa 3.000 machacantes por lo menos. Una bagatela por un par de habitaciones con derecho a ventana hacia afuera. Por cierto, las habitaciones que dan hacia el interior de las manzanas ya no las quieren ni los chinos. Uno puede asfixiarse allí dentro y no volver a salir nunca más. Así que si se ha tenido la suerte de atrapar uno de esos pisos de “renta estabilizada”, como es mi caso, no se pueden hacer tonterías. Nada de largarse a Tahití para que luego el propio *marchand* no te deje volver... Tampoco vale el cortarse la oreja en el sur de Francia. Aunque la nevera esté eternamente vacía, lo mejor es quedarse en casa y seguir aguantando el alquiler a toda costa.

Me encontraba tomando un baño metafísico con hielo mientras pensaba en esta situación sin salida, cuando sonó el teléfono. Era Patricia, la mujer de mi querido hermano, el “gran ejecutivo triunfador”. Uno de esos con el teléfono a cuestras. Pat, que de tonta no tiene un pelo, ha sabido abrirse camino en la vida de mi hermano a golpes de contratos inmobiliarios. Entre los dos venden apartamentos y edificios enteros de oficinas. Sí, son buenos americanos: serían capaces de vender hasta a sus propias madres. De eso no tengan la menor duda.

El caso es que le expliqué la situación a Patricia por lo de la inmobiliaria y se ofreció a ayudarme enseguida. Si tengo que decirles la verdad, Pat es toda una mujer. Cuando mi hermano se topó con ella, hizo el mejor negocio de su vida. Consiguió una socia, una amante y su mejor empleada, en un solo contrato. Algo de lo que sentirse verdaderamente orgulloso. Lo malo es que Pat le engaña de vez en cuando con su hermano –no el de ella, claro, sino el de su marido que soy yo– y también con uno de esos italianos relamidos. Ya saben, el tipo de *mariposas* que joden con preservativo y se miran al espejo durante horas antes de salir a la calle. Zapatos brillantes y bolsito de piel haciendo juego... Parece ser que el latino es propietario de un restaurante de 100 dólares el cubierto en Sutton Place. A ella le encanta rodearse al menos tres veces por semana de gentuza elegante.

– ¡Vete a Europa...! –me ordenó Patricia al cabo de una hora.

– Si me voy me quedaré sin el apartamento...

– Ya encontrarás otro piso cuando vuelvas... Necesitas un cambio y lo verás todo claro.

– Europa es muy grande... –protesté por decir algo. En realidad no tenía ningunas ganas de empezar a coger aviones cargado como una mula y conocer más aeropuertos. A menos de que fuera por un sitio que valiera realmente la pena.

– Házme caso, David. Europa es la respuesta. Allí saben vivir... –insistió ella hablando por experiencia. Menos mal que era una “vividora” en el más puro sentido de la palabra, porque si llego a ser yo su único amante, no me hubieran quedado fuerzas para pintar.

Mis genitales se hallaban congelados, pero a la nueva mención

del continente europeo se habían vuelto a hinchar de excitación. “Sí, – me dije– iré a Europa.” Yo ya había estado allí varias veces como todo artista que se precie. Ya se sabe: los europeos sueñan con los Estados Unidos, y los americanos con Europa. Nada nuevo bajo el sol. Nos cruzamos en el aire, lo que da una idea de la lamentable situación en la que se encuentra la humanidad. El que entienda algo que lo diga. La única diferencia es que los americanos viajamos por el Viejo Continente igual que si estuviéramos en el patio del colegio. Tomamos trenes, aviones o autobuses, hacemos *stop* o vamos a pie, pero hagamos lo que hagamos, siempre lo hacemos sin preocupación en nuestros rostros. Como si todo fuera lo más natural del mundo y nada tuviera importancia. A pesar de ello, cuando Pat me mencionó el asunto ese del viaje, pensé, casi de inmediato, que no quería empezar a moverme arriba y abajo, o de izquierda a derecha, como si tuviera todavía veinte años. La primera idea que me vino a la mente con la palabra Europa, fue muy simple: encontrar un lugar tranquilo, donde se pudiera caminar sin que le detuviera a uno la policía, contemplar obras de arte, y, sobre todo, donde no fuera caro alquilar un estudio donde pintar unos cuantos meses lejos del mundanal ruido, como suele decirse. Traducido en idioma normal, eso equivale a llegar a un sitio y quedarse. Esa es la única manera de crear algo decente. Focalizando. Así que en cuanto terminé de rellenar la bañera con la última bolsa gigante de hielo, le pregunté a Pat:

- ¿Sabes de algún sitio donde se pueda alquilar un estudio barato?
- ¿Campo o ciudad?
- Una ciudad que esté cerca del mar y que sea verdaderamente bella y artística...

Patricia, como es habitual en ella, me respondió casi sin pensar y con un entusiasmo pueril que no tardó en contagiárame:

– ¡Barcelona!

– ¿Barcelona...? – pregunté bastante sorprendido.– ¿Eso está en el sur de Francia, verdad?

– Bueno, en realidad es una ciudad situada en el norte de España...

Como buen norteamericano que se precie, yo no tenía por aquel entonces la más ligera idea de dónde se hallaba ese maldito país. Por lo que a mí respecta, antes de que Pat me hablara de ella, España podía haber sido igual una colonia al sur de Méjico, que un país revolucionario del Caribe. Cualquiera cosa menos Europa. Como además no soy un deportista y no poseo tampoco aparato de televisión, tampoco me había enterado del asunto de las Olimpiadas. Cada loco con su tema.

– ¡No te preocupes, no vas a perderte....! –me interrumpió Patricia, todo entusiasmo—. Además, a Hemingway le gustaba esa ciudad.

– Si Hemingway hubiese estado realmente en todos los lugares que reclaman el honor de su visita, no creo que al viejo le hubiese quedado tiempo de escribir nada –contesté, sin perder la calma a pesar de que por dentro el solo nombre de Barcelona me sonaba ya a música celestial.

– Además...–insistió Pat para remachar el clavo—. Allí es donde Gaudí, el célebre arquitecto, realizó sus obras más importantes. Cuando llegues a Barcelona, podrás verlas con tus propios ojos.

– ¿No fue ese al que le atropelló un tranvía?

– De eso no me acuerdo. Puede que sí fuera él...

– ¡Pues sí que se lo agradecieron bien en su ciudad...! –dije con cierta preocupación que no le pasó inadvertida a Pat.

– ¡Mira, David, en tu situación no puedes ser tan exigente...! –se impacientó ella, elevando el tono de su voz—. Esa ciudad es aún relativamente barata comparada con otras capitales europeas. Y tiene el mar delante. Estuve allí unos días hace tres veranos y me alojé en un hotel cerca del puerto. Hay un ambiente terriblemente mediterráneo. ¡No te lo pierdas...! ¡Es una ciudad mágica, repleta de artistas y con una fuerza increíble!

– Pareces un folleto publicitario...

– ¡Ház lo que quieras! –cortó Patricia, enojada.

– Está bien, Pat, tú ganas... Compro la idea.

– ¡Ya sabes que soy una buena vendedora! –exclamó Pat antes de colgar el teléfono, dejándome con una media sonrisa flotando sobre la bañera. Me hubiera gustado invitarla a compartir el hielo y mis genitales, pero sabía que aquella noche debía acostarse con mi propio hermano. Ni de la familia podía ya fiarse uno.

Unas dos semanas más tarde me encontraba por fin en Marsella después de tres magníficos días en París, donde no paré un segundo visitando galerías de arte, museos y amigos. Desgraciadamente no tenía ningún enemigo allí para hacerme sentir en casa. Así que cogí el *TGV*¹ en dirección sur y llegué a la Costa Azul sin darme casi ni cuenta. Antes de salir de Nueva York había efectuado las consabidas

1. *Train à Grande Vitesse*. El AVE francés (tren de alta velocidad).

llamadas preliminares a todo viaje, buscando direcciones de alguien que viviese en Barcelona. Nunca se sabe. En caso de crisis monetaria o enfermedad grave, siempre va bien tener un teléfono a mano. Pero mi agenda no había sufrido un cambio substancial. Sólo tuve que añadir un nombre: Johnny Sureda. Un cura entrado en años que había conocido durante mi larga estancia en Puerto Rico por la época en que aún creía poder encontrar “un lugar en el sol” junto a mi mujer. Acabé bastante borracho como suele ser usual en la mayoría de las islas paradisíacas, perdí a mi mujer y gané a un amigo. Lo cual, si se piensa bien, no está nada mal. En los años siguientes, Johnny había pasado un montón de veces de visita por mi piso de Nueva York, aprovechando que venía a la ciudad por cuestiones del arzobispado. Era un hombre al que le chiflaba el whisky y discutir sobre teología. Conversaciones de esas interminables en las que al final resulta que cada uno tiene su dios y no lo cambia por otro, y al mismo tiempo todos están de acuerdo en que sólo hay uno. No hay quien lo entienda pero así está el pastel. Aunque yo sabía que no le gustaban las amigas bastante cachondas que me visitaban en el estudio, el hombre hacía la vista gorda e iba a lo suyo.

En fin, volvamos a Marsella... Permanecí un par de días allí en un pequeño hotel del *Vieux Port*, esperando a que pasara un barco turco del que me habían hablado. Se llamaba *Karadeniz*. Hacía –y probablemente sigue haciendo si no se ha cansado ya– la línea regular del Mediterráneo junto a su hermano gemelo el *Akdeniz*. Podía haber tomado el tren, pero ello hubiera quebrantado mi decisión de llegar a Barcelona por mar. Según la gente que había estado allí, la parte más bella es la que da al puerto.

Caía una lluvia fina cuando el *Karadenitz* me dejó en el muelle de Barcelona. No quise tomar un taxi, así que me tomó casi media hora llegar hasta la parte baja de la Rambla, la “calle mas hermosa del mundo” según el trompicón de Hemingway. A esas alturas me había leído dos guías de la ciudad y un manual entero de cómo sobrevivir en Europa por sólo 75 dólares diarios. Había que ser bastante idiota para creérselo, pero si conseguía no pasar de esa cifra, podría quedarme, por lo menos, seis meses. Le había sacado a Georges Alphonse, mi *marchand* de Nueva York, la bonita suma de 25.000 dólares por los casi treinta cuadros que se amontonaban en mi estudio desde hacia más tiempo del que podía recordar. Claro que Georges no me había hecho ningún favor. En realidad se trataba de un robo descarado y ambos lo sabíamos. Pero es la ley de la oferta y la demanda: cuando se tiene prisa por vender, hay que bajarse los pantalones. El caso es que con la mitad de ese dinero calmé a mi ex-mujer y a las niñas durante un tiempo, y con la otra mitad me metí en el lío más grande de mi vida.

– ¿Quién te crees que eres, Frank Stella... ? –protestó Georges Alphonse, en cuando le solté a la cara la idea de largarme siempre y cuando me comprara unos cuantos cuadros a buen precio.

– ¿Quién es Frank Stella?

– ¡Vamos, no me hagas reír...! ¿En serio no sabes quién es Frank Stella?

– Mira, Georges, no he venido a verte para pasar un examen sobre los desequilibrados que subvenciona el gobierno... ¿Quieres ver las pinturas que me quedan en el estudio, sí o no...?

Georges Alphonse, mi *marchand*, es el clásico judío especulador, que después de haber desplumado durante unos cuantos años a todo el vecindario, ha terminado por abrir uno de esos tugurios progresistas con mucho ladrillo hasta el techo, grandes espacios vacíos pintados de blanco y focos halógenos, a los que denominan pomposamente “galerías de arte”. La suya está situada entre la *Quinta* y Madison, en la calle 43, y es una de las mejores según los expertos. Cada quince días Georges se las apaña para organizar un cocktail de colores sin nada que comer y acude media ciudad. Y vende. ¡Claro que vende...! ¡Lo vende todo! Por eso no podía permitir que se aprovechara demasiado de la situación. Sabía que por mis cuadros sacaría, por lo menos, cinco veces más.

– Está bien, David, vamos a ver que es lo que te queda en el estudio... ¿Sabías que Barceló y Tapies proceden de Barcelona...? –dijo mi *marchand* no muy al corriente de que Palma de Mallorca, lugar de donde procedía Miquel Barceló era una isla bastante alejada de Barcelona.

– ¡Qué más dá de donde vengan! ¡Lo que importa es lo que hacen! –repliqué no de muy buen humor. Sabía ya que Georges acabaría pagándome lo que le diera la gana. Y que yo aceptaría.